



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

FROMM-Online

## La situación psicológica del hombre en el mundo moderno

Erich Fromm  
(1967h-sp)

First published under the title “La situación psicologica del hombre en el mundo moderno” in: *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, México, No. 5 (1967), pp. 6-16. Numbers in {brackets} indicate the next page in the first publication.

Copyright © 1967 by Erich Fromm; Copyright © 2011 by The Literary Estate of Erich Fromm, c/o Dr. Rainer Funk, Ursrainer Ring 24, D-72076 Tuebingen / Germany. – Fax: +49-(0)7071-600049; E-Mail: fromm-estate[at-symbol]fromm-online.com.

Se podría caracterizar la situación del hombre en el mundo moderno afirmando que ha perdido la capacidad de contestar algunas preguntas fundamentales de índole antropológica, filosófica y aun religiosa: ¿Qué puedo yo saber? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué es el hombre? ¿Qué tengo yo que hacer? Estas preguntas han tenido respuesta en todas las épocas y en todas las culturas. Ciertamente es que en algunas se han dado contestaciones mejores, más racionales, y en otras, contestaciones menos acertadas o más irracionales, pero sólo pocas veces se ha dado el caso, en la historia del hombre, que éste perdiera la facultad de responder a preguntas tan fundamentales.

En realidad, cuando el hombre pierde esta capacidad, se encuentra en una situación muy peligrosa, porque le falta el marco de referencia, la orientación, necesaria para vivir. Por supuesto, en la actualidad muchas personas--quizá sea la mayoría--tienen una respuesta a estas preguntas, pero su contestación está anclada en la tradición; a sus palabras falta la convicción íntima. Solamente expresan fórmulas en las cuales no creen. Sus contestaciones no tienen peso.

¿Qué ha ocurrido? ¿Cuál es la causa de que nos encontremos hoy ante la infrecuente situación de que el hombre ha perdido su marco de referencia? ¿Qué es este mundo moderno del cual hablamos? ¿Cuándo comenzó y cuándo va a terminar? Quizá no sea tan difícil contestar a la pregunta: ¿cuándo comenzó la época moderna? Probablemente todos estemos de acuerdo en que se inició con el fin de la Edad Media, o, vale decir, con el principio del Renacimiento, o sea, en los siglos XIV y XV, en el Occidente. Pero, ¿cuánto tiempo va a durar? ¿Podemos afirmar que nos acercamos al final de la época moderna? En un sentido esto es muy posible: si se da el caso de que los grandes poderes no puedan frenar la tendencia hacia la guerra nuclear. Pero, si no contamos con esta posibilidad o, por lo menos, si pensamos que hay otras, ¿sabemos cuándo terminará esta época moderna? Nos movemos en la incertidumbre, tanto a este respecto como al de la dirección en que se desarrolla nuestro mundo. A esto se aúna, como característica fundamental general del mundo moderno, que en este periodo de la historia los cambios ocurren con una rapidez inusitada en otros tiempos. En el transcurso de diez años se dan cambios que antes ocurrían en un lapso de ciento, o quizá de **quinientos** años. No tenemos ninguna idea precisa de cómo será el mundo dentro de cien años, de cuál será su técnica, su ciencia y el tipo de hombre que vivirá en él. Ni siquiera la imaginación nos puede asistir para representárnoslo, y sólo la „ficción científica“ ha aventurado descrip-



ciones fantásticas de lo que {07} sucederá en el futuro, de las que no sabemos si tienen un fundamento más real que la ciencia y que los pensamientos cotidianos del hombre.

Quiero referirme, ahora, a las transformaciones que han ocurrido en algunos aspectos muy importantes, y en primer lugar a los cambios en la economía. El desarrollo económico de los últimos dos siglos está caracterizado por los acontecimientos que resultaron de la primera revolución industrial. Ésta se distingue por el hecho de que la energía del hombre y la energía del animal fueron sustituidas por la energía mecánica, la energía del vapor, la del petróleo, de la electricidad y, más recientemente, del átomo. Esta revolución comenzó a fines del siglo xviii y todavía está en marcha, especialmente con la esperanza de que se logrará mucho, todavía, por medio de la energía atómica y la solar. Pero hace quizás 20 o 30 años comenzó la segunda revolución industrial, caracterizada por el hecho de que no es ya la *energía* vital la que ha sido sustituida por energía mecánica, sino que el *pensamiento* humano está siendo remplazado por máquinas, por la automatización, por la máquina que puede pensar, que puede tomar decisiones, que puede llenar las funciones del hombre pensante. Este desarrollo de la automatización y de la cibernética está apenas comenzando, y sólo tenemos una vaga idea de hasta dónde habrá de llegar.

Otro factor revolucionario que se reveló en los últimos cien años, es la desaparición de la empresa pequeña y el crecimiento de las grandes empresas la concentración y la centralización de la industria y la tendencia a que más y más personas ya no estén autoempleadas, sino que pertenezcan a la gran burocracia que existe no solamente en el gobierno, sino también en las empresas. Otro factor digno de mención, es que más y más campesinos en todos los países del mundo dejan el campo para ir a la ciudad. Muchos países que hace 20 años tuvieron un 75 % de campesinos hoy alcanzan solamente un 50 %. Las ciudades se llenan de campesinos que han perdido sus tierras, su trabajo en el campo, y que viven en condiciones totalmente ajenas a ellos. Una pregunta que resulta de estos cambios revolucionarios dentro de la economía es si el hombre todavía es necesario, como productor, o si es ya, únicamente, un apéndice de la máquina -un ente que consume, pero que, en realidad, sirve a la maquinaria de la producción, y que no constituye, más, el centro de la economía.

Muchos sienten, consciente o inconscientemente, que no tienen un lugar muy importante dentro de la sociedad. En la gran burocracia, el hombre puede ser sustituido por otro hombre, porque la función de cada uno está muy determinada, no requiere individualidad, sólo importa la realización de esa función.

Otro aspecto de estos cambios es el desarrollo de la revolución científica. Permítame mencionar solamente algunos pasos importantes. Primero, quizá, el descubrimiento de Copérnico, por el cual la Tierra deja de ser el centro del universo. Después, el descubrimiento de Darwin, como consecuencia del cual el hombre pierde su lugar central sobre la Tierra. Con los descubrimientos de Marx, la ideología política dejó de ser la base de los procesos económicos y sociales. Con los descubrimientos de Freud, la conciencia y el sentido común pierden el lugar tan seguro que ocupaban en el pensamiento del hombre. {08}

Y se puede decir que con Einstein, si hablamos de Einstein como símbolo de toda la física moderna, la materia o la experiencia normal sensoria del hombre pierde su suelo firme y salvo. Lo que nos enseñan los sentidos no es cierto; los sabios nos dicen que somos engañados por nuestro sentido común.



De todo esto resulta la pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Qué es el mundo en el que vivo? ¿Cómo puedo estar seguro de algo, si todas las ideas en las cuales creía son dudosas o falsas? ¿Cómo puedo saber qué es cierto, qué no lo es? Todo lo que ha ocurrido en estos tres últimos siglos ha dado por resultado que el hombre, quien se sentía muy seguro como el centro, como el núcleo del mundo, ha sido expulsado de él de una manera quizá mucho más radical de lo que fue la expulsión de Adán y Eva, porque el hombre no solamente ha perdido su paraíso, sino que ha reconocido que el paraíso no existe, que él mismo sólo es algo muy marginal dentro de la realidad total. Y si él es marginal, ¿dónde puede estar su sentido de seguridad basado sobre la convicción de que vivía en un mundo que le era conocido; que vivía en un mundo dominado por él; un mundo del cual él era el centro?

Es casi innecesario hablar de la revolución técnica, porque es bien conocida. Los viajes a la Luna, los viajes a otros planetas, son hoy cuestión de diez años, de veinte años. Pero no solamente los viajes a la Luna, también los viajes por „jet“ han transformado totalmente el sentido del espacio y del tiempo; sentidos, ambos, que se fueron formando durante miles de años y han sido cambiados bruscamente en el transcurso de muy poco tiempo. Muy pronto ya no se medirá la distancia por horas. Quizá se medirá en dinero, o tal vez llegará el día en que el viajar sea tan barato que hará desaparecer la distancia.

Quiero referirme, ahora, a un cambio todavía más radical: el ocurrido en la moral, y que a mí me parece ser el problema más grave y el más inmediato que existe dentro de la situación del hombre en el mundo moderno. Hay que pensar claramente, primero, en los hechos que han ocurrido: el embrutecimiento del hombre por dos guerras mundiales, por la dictadura de Hitler y la dictadura de Stalin, y por la probabilidad de que ocurra un choque nuclear que aniquilaría la civilización y quizá la vida humana. En estas consecuencias nunca pudo pensar el hombre de 1914; y es notorio que muchas cosas que ocurren hoy, y que hace 40 o 60 años habrían despertado una indignación o una protesta muy fuertes, en nuestro mundo civilizado no causan ningún descontento o uno muy débil.

Pero, aparte del resultado de las dos guerras y de estas dictaduras, hay otro aspecto de la transformación moral: el desplome de la moralidad tradicional, que tiene su raíz, creo yo, en el derrumbamiento de la religión tradicional. No hay que olvidar que durante miles de años la religión, sea el budismo, el confucianismo, la religión cristiana, judía o musulmana, había prescrito las normas éticas para la vida. Estas normas son todas más o menos iguales: la tendencia en contra de la destrucción y la tendencia a favor de la vida y del amor. Ciertamente, las religiones no han logrado cumplir con esta tarea; pero, háyanlo logrado o no, han sido las únicas fuerzas que representaron el principio de la vida en contra del principio de la destrucción.

¿Y qué ha ocurrido en los últimos cien o doscientos años? La religión {09} perdió su fuerza. Aun los que conscientemente se creen miembros de una religión, en realidad no la toman muy en serio. Como ya dije, en general, se trata solamente de palabras. Mas la humanidad occidental está confrontada por algo que nadie ha expresado más claramente que Dostoievsky en *Los demonios*, donde una figura, Khirov, dice: „Si no hubiera Dios, todo estaría permitido.“ En esta frase, Dostoievsky expresa de una manera muy clara que la moralidad tradicional estuvo basada en la creencia en Dios, y si Dios no existe, ¿cuál puede ser la nueva fuente de la moralidad? Me refiero a la moralidad tomada en



el amplio sentido de la tendencia contra la destrucción y a favor de la vida.

Antes de discutir la reacción ante la pérdida de la fe religiosa, me parece conveniente discutir algunas consecuencias de la pérdida de seguridad. El hombre ha reaccionado hacia esta pérdida con *ansiedad*. Está ansioso y aterrorizado, porque no sabe quién es y dónde está. Ha perdido su marco de referencia. Tiene la vivencia, podría decirse, de un terremoto; una experiencia de que todos los criterios, todos los marcos de referencia son dudosos, de que nada es seguro. Se puede expresar la misma situación de otra manera, diciendo que el hombre moderno se ve confrontado con tareas que no puede realizar. El mundo es demasiado grande; ante ello el hombre tiene una sensación de impotencia. Puedo afirmar que es una ley psicológica bastante general que, si el hombre como individuo o los hombres dentro de una situación social tienen la vivencia de que no pueden manejar la realidad, esta vivencia de impotencia produce ansiedad profunda, y quizás pánico. Esta ansiedad no es necesariamente una ansiedad consciente. El psiquiatra o el psicoanalista pueden observar, muchas veces, que un individuo tiene una ansiedad intensa que se expresa en sueños o en síntomas físicos, etcétera. Y sin embargo, la persona no está consciente de su ansiedad. Esto ocurre especialmente cuando la persona comparte esta ansiedad con muchos otros, y, juntos, niegan el hecho de que se sienten ansiosos, porque mutuamente se aseguran que „todo marcha bien“. Se diría que así como hay una *folie à deux*, esta locura, que puede consistir en la negación de un hecho, el de la ansiedad, puede ser común, no solamente a dos personas, sino a millones.

Quizá hubo una situación análoga a la del hombre actual al final de la Edad Media y principios de esta época. En un libro traté de analizar esta reacción, llamándola „miedo a la libertad“. Es el miedo del hombre que sale de un sistema fijo, de un sistema tradicional, y se encuentra en una situación de libertad que no puede controlar. Hoy, el hombre también experimenta el miedo a la libertad, pero opino que su situación es aún más seria, pues vivencia no solamente el miedo a la libertad, sino el *miedo a la nada*, el miedo al caos, el miedo de algo que no puede controlar ni conocer.

Y, sin embargo, repito, no está consciente de que tiene este miedo, porque si se diera cuenta de ello, probablemente se desesperaría, experimentaría un pánico que le sería intolerable. No hablo en un sentido teórico o abstracto; creo que todos nosotros reprimimos constantemente el miedo a la nada, al caos, porque no podemos tolerar la incertidumbre en que vive el hombre del mundo moderno. {10}

Quiero referirme, ahora, a dos tipos de reacción contra esta ansiedad total: primero, algunos intentos selectos de reorientarse en esta situación, y después, a las reacciones típicas de la mayoría.

Una de las primeras reacciones a la situación que describí antes son las ideas defendidas por las religiones seculares en el Occidente, ideas que fueron expresadas en el siglo xviii por Robespierre y otros líderes de la Revolución Francesa y después, en el siglo xix, por el gran sociólogo francés Auguste Comte. Según ellos, era necesario, para mantener la cohesión del mundo occidental y evitar el pánico en el hombre, crear una religión nueva, una religión que no se afirmara en los dogmas y credos de la religión tradicional, contrarios a muchos de los principios del racionalismo moderno. Todos nosotros sabemos que estas ideas de Robespierre y de Comte fracasaron.

El segundo intento de una reorientación, y yo lo considero el más importante, fue el socialismo, en el siglo pasado. ¿Cuál fue la meta del socialismo de Marx, y no solamente el de Marx, sino también de otros socialistas y anarquistas? En realidad, su meta



FROMM-Online

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

fue la humanización de la sociedad industrial, o, expresándolo de una manera distinta, la reconstrucción de los valores morales de la tradición humanista y también de la tradición religiosa, en términos seculares; o, dicho aún de otra manera, su meta fue crear un mesianismo sin Dios, un mesianismo secular. La idea de Marx se puede describir como un ensayo de reconstruir la sociedad de manera que los valores tradicionales de la solidaridad, de la justicia, del amor, estuvieran basados en la vida social, en la práctica social, y que, partiendo de esta base, fuera posible seguir con una jerarquía de valores que hasta entonces había estado fundamentada sólo sobre la creencia en Dios. Se puede decir que el socialismo de Marx fue una respuesta, y una respuesta muy importante en el siglo pasado. A la aseveración de Dostoievsky, „sí no hubiera Dios, todo estaría permitido“, Marx replicó: „No, porque el hombre puede basarse en los principios morales de su pasado o volver a ellos, si construye una sociedad que dentro de sí misma contenga y realice estos principios.“

Un tercer intento es el de Freud, y quizá sorprenda que me refiera aquí a Freud no como terapeuta o psicólogo teórico sino como filósofo moral; pero es uno de los muchos aspectos de Freud. Creo que Freud, sin darse plena cuenta de ello, también fue vivamente impresionado por la idea que expresó Dostoievsky -cómo se puede vivir una vida moral, cómo se pueden conservar los valores morales del pasado, sin la creencia en Dios. Y Freud dio una respuesta (que por supuesto expreso de manera muy abreviada) : „Sí, el hombre tiene una tendencia a querer el mal y no el bien, es movido por instintos sexuales.“ Y después agregó: „y también por instintos agresivos y destructivos. El problema de la vida es ¿cómo se pueden controlar esos instintos asociales y peligrosos del hombre?“ La respuesta de la religión fue que esto se puede lograr obedeciendo a la palabra de Dios. Freud, en cambio, dijo que se pueden controlar por el sistema psicológico que ha desarrollado el hombre a través de la evolución histórica. El hombre comienza bajo el dominio del id, sometido a los deseos instintivos, pero, para sobrevivir, desarrolla el ego su capacidad para controlar la realidad externa y, también, la {11} realidad asocial interna. Después desarrolla el „superego“ y con la ayuda de estas dos autoridades--ego y superego--el hombre es capaz de controlar sus instintos asociales y, debido a la estructura de la psiquis, puede lograr lo que hasta ahora sólo había podido realizar con la ayuda del concepto de Dios.

Freud de ninguna manera fue el representante del principio del placer, como mucha gente e inclusive algunos filósofos lo malentienden. Freud fue, antes que nada, el representante de la moralidad. Su convicción fue que mediante el ego y el superego se puede dominar la vida instintiva. Pero al mismo tiempo, Freud fue un representante de la moralidad liberal; una moralidad que dice: podemos y quizá tenemos que permitir al hombre algo de placer, que „peque“ un poco, aunque no demasiado. Y tal vez Freud sintió algo de nostalgia romántica porque el hombre perdía tanto al dejar de pecar; porque su vida había sido tan feliz cuando todavía podía pecar con gusto. La evolución social, la evolución de la civilización, hizo necesario que el hombre dejara de gozar la vida plenamente. Freud fue pues, en su función de representante de la burguesía liberal del siglo pasado, el creador de otra respuesta al problema de la pérdida de Dios y de la moralidad: se puede vivir moralmente sin Dios, sin creencias, por el hecho de que la evolución ha desarrollado el mecanismo psíquico que lo obliga a suprimir sus instintos asociales; y el hombre que no puede hacerlo es, en realidad, un hombre mentalmente enfermo.



Por supuesto, esta concepción de Freud no se relaciona con su terapia, ni se refiere a una gran parte de su teoría, especialmente a su metapsicología, sino que es la respuesta expresa a la cuestión de cómo se puede vivir sin religión y, sin embargo, conservar los principios morales de la clase media.

Otro intento de resolver el mismo problema fue el del existencialismo. Sartre dijo que esta frase que mencioné de Dostoievsky es la frase básica donde comienza el existencialismo. Y en verdad, el existencialismo ha dado otra respuesta al problema de vivir sin Dios. El que su respuesta sea o no satisfactoria es un problema que está fuera de los límites del presente trabajo.

Debo mencionar, aún, otra dirección del espíritu, que se enfrenta a la situación del hombre moderno: el renacimiento humanista. Se inició en el mundo occidental hace solamente diez años menos y tiene sus raíces en la religión y en el marxismo. Son bien conocidos los cambios y movimientos que han ocurrido en la religión católica a partir del último Concilio, y si se tiene conocimiento de los esfuerzos que está haciendo el Papa a favor de una paz en Vietnam, y se observa cómo trabaja y coopera con una organización como son las Naciones Unidas, es muy fácil darse cuenta de que la Iglesia ha tomado una posición muy distinta de la que tenía hace veinte o más años.

Lo mismo se puede decir en relación con la religión protestante, la Confederación de las Iglesias protestantes con sede en Ginebra, a pesar de que este movimiento no es tan dramático ni está tan centralizado como el movimiento de la Iglesia católica. Muy claramente está presente hoy, en la religión, un intento de volver a la realización de los valores religiosos, o mejor dicho, a considerar los aspectos éticos y morales de estos valores y una tendencia a no considerar primordialmente las diferencias entre las creencias religiosas, sino {12} a enfrentarse al problema: ¿qué se puede hacer para ayudar al hombre en su batalla para sobrevivir, para no perder su humanidad y los valores sobre los cuales debe estar basada la humanidad?

La otra rama del renacimiento humanista de hoy es el movimiento que existe dentro del marxismo. Este movimiento es evidente especialmente en los países pequeños dentro del bloque soviético; pero también se presenta en Europa y en América en la actitud de muchas personas que han vuelto al concepto del hombre de Marx, totalmente olvidado y negado por el stalinismo. A pesar de que hay muchas discrepancias entre la rama religiosa y la rama marxista dentro del campo humanista de hoy, son probablemente más los puntos que los unen que las diferencias que los distinguen, y es muy interesante y significativo que exista hoy un diálogo entre estas dos ramas, que cada día aumenta más y más, y que no es una disputa sino una auténtica discusión sobre los puntos más importantes que se refieren al futuro del hombre en el mundo moderno.

Para dar por terminadas estas observaciones, quiero hacer hincapié en que estos movimientos de reorientación, de búsqueda de una nueva solución para el hombre, son movimientos que todavía no cunden más allá de pequeñas minorías débiles, que no han logrado; hasta ahora, influir en los que tienen poder y los que dirigen el destino de la humanidad. Son movimientos de grupos pequeños que tienen fe pero muy poca fuerza.

La mayoría de la gente se adapta a la nueva situación de inseguridad de una manera pasiva, sin tratar de encontrar otros caminos ni transformarse ante los peligros. Su actitud es de no interrogar nada y aceptar la situación según ésta se va desarrollando, con poca imaginación para buscar soluciones mejores ante el peligro físico y espiritual que aumenta de día en día. En lugar de la adaptación dinámica y activa de las minorías men-



cionadas anteriormente, la mayoría toma el camino más fácil--y el más peligroso--de una adaptación estática y pasiva a las fuerzas tal y como se manifiestan.

Esta adaptación tiene varios aspectos. Algunos se pueden comparar con mecanismos neuróticos, especialmente con mecanismos de regresión y de ceguera frente a las nuevas circunstancias. Ejemplos de este tipo de adaptación son la regresión a los impulsos destructivos y necrófilos, o a la indiferencia hacia la vida. Otro ejemplo es el de las personas que siguen aceptando ideas e ideologías anticuadas que no tienen ningún sentido en el mundo de hoy, como la idea de que los intereses, el honor o la libertad de un país puedan ser defendidos por medio de la guerra. En tiempos pasados fue así; aun cuando la guerra era algo inmoral, tenía una racionalidad pragmática. Hoy día, en la época de las armas nucleares, estos conceptos han perdido su sentido. Un niño puede darse cuenta, más claramente que los adultos, de que la destrucción total del mundo de ninguna manera puede solucionar nada, ni favorecer la paz, la política o la libertad; sin embargo, el pensamiento de la gente sigue fijo en estas categorías tradicionales. Algunos de nosotros nos preguntamos; ¿cómo es posible que muchas de estas personas inteligentes parezcan ser menos sagaces que un niño de seis años? La respuesta es que no se atreven a dejar la única seguridad que tienen: aquella basada en conceptos {13} y creencias tradicionales, que ya eran propios de sus padres y sus abuelos. Es su misma inseguridad la que los ata a conceptos que por lo menos dan la apariencia de seguridad. Por supuesto, estos conceptos no son más que palabras sin fundamento en la realidad. Y a pesar de ello, el hombre inseguro, el hombre ansioso no se atreve a perder el abrigo que le brindan sus conceptos tradicionales; por este miedo pierde la capacidad de pensar en otras posibilidades de resolver la situación peligrosa. Es muy fácil para nosotros reírnos de las culturas primitivas, en las que las gentes hacen, dicen y creen en cosas ficticias; pero si existe un mundo, dentro de cien años, que piense en nosotros, creo que, o nos tendrán compasión, o nos considerarán ridículos por la manera en que rehusamos a liberarnos de conceptos que no son realistas y por apegarnos a ideas que se apoyan únicamente en el pasado y que no tienen ninguna vigencia en el presente.

El segundo tipo de adaptaciones pasivas no tiene la cualidad neurótica de la reacción que acabo de discutir. Aun cuando no es una adaptación productiva y positiva, por lo menos está determinada por los medios y los hechos del mundo contemporáneo. Uno de estos hechos sociales es la burocratización, que se convierte más y más en la forma central de trabajo en los países industrializados o en proceso de industrialización. La burocratización no es solamente un fenómeno social, una manera de organizar el trabajo, sino es también una actitud psicológica que se desarrolla como consecuencia de la organización social.

Conocemos muy bien el nuevo tipo de hombre; el hombre burócrata (the organization man), cuyas características son: evitar la responsabilidad, estar enajenado de los demás, administrar a la gente como se administran las cosas, y tener una gran dependencia en la organización. Para el hombre burócrata, „la organización“ se transforma en la madre protectora; y al mismo tiempo proporciona al individuo una sensación de formar parte de algo más grande y más estable que él mismo.

Entonces, me parece que el problema al que tenemos que enfrentarnos y que debemos resolver es que exista una organización centralizada y hasta cierto punto burocratizada, pero que despierte una actitud que no sea burocrática en el sentido psicológico que he descrito. No soy tan utopista para pensar que sea una tarea sencilla, pero creo



FROMM-Online

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

que hemos pensado muy poco en estas posibilidades de organizaciones burocráticas en las que, sin embargo, se pueda crear otra actitud humana psicológica. No hemos experimentado con la posibilidad de unir la organización centralizada con la responsabilidad del hombre. Hay muy pocos intentos interesantes en este sentido; existen algunos experimentos, pero me parece que tenemos aquí una tarea científica muy importante para los psicólogos, los sociólogos, los economistas y para todos los que tengan un interés mayor en el hombre que en las cifras de la producción.

Otro fenómeno de nuestra sociedad es el creciente papel que tiene el consumo. Todos nosotros sabemos que una economía como lo es la economía más desarrollada, la de los Estados Unidos, está basada sobre un consumo, en constante aumento. Si millones de personas decidieran mañana no comprar un automóvil nuevo cada dos o tres años, esto constituiría una catástrofe para {14} la economía de los Estados Unidos. Entonces, una persona que no comprara un automóvil nuevo cada tres años sería una persona rara, y dentro de algunos años se diría que es muy poco patriota porque causa daño a la economía.

El hombre de hoy consume cigarrillos, bebidas, sexualidad, televisión, conferencias, libros, etcétera. Todo en el mundo se transforma en artículo de consumo. No digo que el consumo mismo sea malo. Tampoco que la administración centralizada sea mala; más bien me refiero a la actitud inherente al consumo de hoy, la actitud del consumidor que es la del hombre ansioso, con una obsesión de consumir. Una comparación bastante clara la ofrecen las personas que se sienten ansiosas y que comen o que compran compulsivamente. En realidad a cualquiera de nosotros puede ocurrirle que se sienta ansioso y que en consecuencia coma más de lo habitual. Pero existen personas obesas con una compulsión a comer; comen para disminuir su ansiedad; para llenar simbólicamente el „vacío“ que sienten dentro de sí mismos. El motivo del consumo compulsivo del hombre moderno es, precisamente, la ansiedad de que hablé antes; y el resultado es un círculo vicioso: la ansiedad conduce al consumo compulsivo, y el consumo compulsivo aumenta la ansiedad; porque el hombre que vive para el consumo, el „hombre consumidor“, es un hombre tan dependiente, tan vacío, tan pasivo, que su ansiedad reprimida, se hace manifiesta en cuanto carece del consumo suficiente.

Creo que podemos dudar de que el hombre de hoy sea todavía un hombre *sapiens*, ya que no se sabe si usa su inteligencia para sobrevivir o para suicidarse, pero sí creo que el hombre de hoy tiene otra tendencia: la de convertirse en *homo consumens*, el hombre que tiene solamente una pasión, la de consumir más y más, y de consumir en el sentido psicológico que he tratado de describir. Su actitud es: de la „boca abierta“, de un deseo ilimitado, de una pasividad completa--pasividad interna--, pasividad en el sentido en el que usa el término Freud, de receptividad y de esterilidad. Este nuevo tipo de hombre consumidor constituye un verdadero peligro, porque si el hombre se vuelve más y más consumidor, se volverá más y más pasivo, perezoso, inhumano y básicamente incapaz de resolver los problemas de la vida.

Nos encontramos aquí ante un hecho histórico paradójico. El mundo de hoy no tiene aún comida suficiente, e inclusive en el país más rico, en los Estados Unidos, todavía hay, un 20 % a 30 % de personas que, según las estadísticas, viven en la pobreza. Ciertamente, esta pobreza no puede compararse con las de las dos terceras partes del mundo subdesarrollado, donde el problema no es el del consumo excesivo,





sino la necesidad de más habitaciones, más ropa, más alimentos, más producción. Y ésta es, exactamente, la situación paradójica: que en una parte del mundo ya se viva en una situación donde se produce y se consume más de lo necesario, mientras que en la otra parte no se ha llegado a un nivel mínimo de consumo y de producción.

Este problema es muy complejo, y no puedo discutirlo dentro de los límites de este trabajo. Únicamente quiero afirmar que es necesario distinguir entre un consumo óptimo y un consumo máximo. En el mundo capitalista, lo mismo que en la Unión Soviética, en Polonia, en Checoslovaquia, etc., existe el ideal {15} del consumo máximo; y junto a él se desarrolla un nuevo tipo de hombre: *el homo consumens*, el hombre consumidor.

Sería una meta importante para la psicología estudiar, en conjunto con los economistas y los sociólogos, la distinción entre deseos y necesidades „buenos“ y „malos“.

¿Qué quiero decir con necesidades buenas? Me refiero a todas aquellas necesidades y deseos que contribuyen al crecimiento del hombre, que le ayudan a ser más productivo, más sensible; y considero como necesidades malas todo aquello que impide al hombre su crecimiento, que lo hace más perezoso, más pasivo. Yo no creo que sea muy sencillo distinguir entre los dos tipos de necesidades. Para demostrar esta dificultad quiero mencionar solamente un ejemplo, la cuestión de si el automóvil particular es una necesidad „buena“ o „mala“ en el caso supuesto de que se contara con un sistema de transportes públicos tan satisfactorio que realmente nadie necesitara del automóvil particular. En la actualidad se puede defender la existencia del automóvil particular en vista de que falta este transporte público; pero podríamos imaginar un sistema en el cual la inversión de capital que hoy se hace en el automóvil particular fuera dedicada a la producción y manejo de transportes públicos, y en ese caso me parece que sería innecesario el automóvil particular. Menciono sólo algunas de sus desventajas: el automóvil particular produce envidia, es un motivo continuo para tratar de obtener más dinero y poder comprar con él un automóvil mejor. Da una ilusión ficticia de poder y de hombría, un sentido de identidad y de valor que son falsos. Esto ocurre especialmente entre muchos jóvenes quienes sienten que el automóvil constituye su Yo y su atractivo, y desgraciadamente a muchas muchachas les impresiona más el automóvil que el hombre -o mejor dicho, ven al hombre como un apéndice de su automóvil. En las ciudades, probablemente dentro de pocos años el automóvil particular será un anacronismo que obstaculice la vida en la ciudad.

Solamente mencioné el automóvil como ejemplo que ilustra el apremio--y la dificultad--de estudiar la distinción entre necesidades „buenas“ y „malas“. Las últimas son el resultado de los intereses económicos de la industria y de la necesidad interna del hombre de llenar „el vacío“. La cooperación entre psicólogos, economistas y sociólogos podría ayudar mucho a la confrontación de este problema que es tan importante para el hombre moderno.

Existe otro problema relacionado con el del consumo: el de las motivaciones para esforzarse, para trabajar y para crear. La opinión al respecto que prevalece en los países „capitalistas“ y actualmente también en los países „socialistas“ es la misma: que la única motivación efectiva es la esperanza de ganar más dinero, o, lo que es lo mismo, de poder consumir más. Marx y los socialistas del siglo pasado pensaron que lo contrario era la verdad, que el hombre tiene una necesidad casi instintiva de trabajar, de crear, de ser activo, de relacionarse con el mundo. ¿Quién tiene la razón?



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

Este problema puede también ser estudiado por medio de los métodos psicoanalíticos. Me refiero aquí al análisis teórico de la naturaleza de las pasiones y deseos básicos del hombre, y a la investigación acerca de si estos deseos y pasiones son solamente los instintivos o si el hombre tiene también {16} otras necesidades de carácter distinto y de la misma intensidad, como son la necesidad de comprender al mundo, la de unirse a él en nuevos niveles, la necesidad de la creación artística; en fin, todas las necesidades que son satisfechas a través del arte, la religión y la ciencia pura. Se hace ineludible el estudio de las motivaciones del niño, de su expresión artística, del papel que tienen tanto el juego como el arte en el niño y en los adultos de todas las culturas, desde las más primitivas hasta las más desarrolladas.

He tratado de dar algunos ejemplos en los que el estudio psicoanalítico, basado en la experiencia clínica y en las ideas teóricas, puede contribuir a encontrar un nuevo camino que conduzca fuera de la situación peligrosa que prevalece hoy. Todos estos estudios podrán ser emprendidos sólo dentro del espíritu del humanismo en el psicoanálisis: el concepto de que no existe nada más importante que el hombre, y el florecimiento de su vida.